

abierta, ¡Adios! les gritó por última vez. Su voz se estrelló contra el sollozo de su corazón, y la puerta se cerró; corrió á la torrecilla, donde le esperaba su consolador: la agonía de la magestad había pasado.

XVII.

El rey fatigado, cayó sobre una silla, y quedó largo rato sin poder hablar. «¡Ah, señor!, dijo al abate Edgeworth; ¡que entrevista acabo de tener! ¡por qué he de amar yo tanto!.... ¡ah! añadió después de una pausa; ¡y porque he de ser tan amado!.... pero esto se acaba con el tiempo, continuó con voz mas varonil; ocupémosnos de la eternidad!» En este instante entró Clery, y suplicó al rey tomase algun alimento; rehusó al principio, pero después, reflexionando que tendría necesidad de fuerzas para luchar como hombre contra los preparativos y la vista del suplicio, comió. La comida no duró mas que cinco minutos. El rey en pie solo tomó un poco de pan y vino, como un viagero que no descansa. El sacerdote, que conocia la fé de Luis XVI en los santos misterios del cristianismo, y que reservaba darle la última alegría asistiéndole en su calabozo, le preguntó si no seria un consuelo para él verte celebrar al dia siguiente antes de amanecer, y recibir de su mano el Dios hecho hombre para sufrir con nosotros, y trasformado en pan para alimento de las almas. El rey, privado hacia desde mucho tiempo de asistir á las ceremonias sagradas (piadosa costumbre de los príncipes de su familia), se conmovió de sorpresa y alegría por aquel pensamiento. Se le figuró que el Dios del Calvario venia á visitarle en su calabozo á la última hora, como un amigo que sale al encuentro de otro, solo que no esperaba obtener

aquel favor de la dureza é impiedad de los comisarios del ayuntamiento.

Animado el sacerdote por las muestras de respeto que Garat habia dado á su mision, tuvo mas confianza; bajó á la sala del consejo, y pidió la autorizacion y los medios para celebrar el divino sacrificio en el cuarto del rey: la hostia, el vino, un caliz y las vestiduras sacerdotales. Los comisarios indecisos, temiendo por un lado rehusar un consuelo supremo á la última hora de un moribundo; y por otro, que se le acusase de *fanatismo* permitiendo á su vista los ritos de un culto repudiado, deliberaron largo tiempo en voz baja. ¿Quién nos responde, dijo uno de aquellos hombres al eclesiástico, que no envenenaréis al condenado con la hostia, en que le presentaréis el cuerpo de su Dios? ¿seria la primera vez que se ha envenenado á los reyes con el pan de vida? El confesor alejó toda sospecha, rogando á los municipales diesen ellos mismos el vino, la hostia, el caliz y los ornamentos del altar. En seguida volvió á anunciar al rey esta dicha.

XVIII.

El príncipe miró este consuelo como un primer rayo de inmortalidad. Se recogió en sí mismo, se arrodilló, repasó ante Dios, los actos, los pensamientos y las intenciones de toda su vida; aceptó vivo, no ante la posteridad, ni ante los hombres, sino ante la vista de Dios aquel juicio de los reyes de Egipto solo tenian que sufrir en su tumba. Este exámen de su conciencia y esta acusacion de sí mismo, duraron hasta bien entrada la noche. El juicio de Dios siempre acompañado de perdon no es el de los hombres; el rey se levantó, si no inocente, al menos absuelto. El sacerdote, que en la confesion

cristiana impone una pena voluntaria á las faltas, impuso para espiacion á su penitente la religiosa aceptacion de la muerte que iba á sufrir, y el sacrificio de su sangre para lavar el trono de todas las faltas de su familia. Prometió al rey darle en la comunión del día siguiente, el signo de reconciliacion y de esperanza, el cuerpo de Cristo crucificado. El sentimiento de la purificacion del alma que experimenta el cristiano despues de la confesion, habia calmado al rey; aquella atenta investigacion de las debilidades de su vida, distrajo su pensamiento de la hora presente, y su reinado era mas irrepachable en su conciencia que en la historia. Hasta en sus faltas hallaba sus buenas intenciones: creyéndose puro delante de Dios, se juzgaba inocente delante de los hombres, y debía creer en el perdon de la posteridad como en el de Dios.

XIX.

Era media noche. El sentenciado se acostó y durmió tan pronto y con un sueño tan apacible como si aquella noche hubiese debido tener un día siguiente. El sacerdote pasó las horas haciendo oracion en el cuarto de Clery, separado del aposento del rey por un tabique de tablas, y oía desde allí la respiracion igual y serena del dormido, que atestiguaba su gran tranquilidad y la regularidad de los movimientos de su corazon como los de la péndola de un reloj que va á pararse. A las cinco fué necesario despertarle. «¿Han dado las cinco? dijo á Clery.—Aun no, en el reloj de la torre, le respondió, pero sí en otros muchos de la ciudad.—He dormido bien, dijo el rey, tenia gran necesidad de ello, porque el día de ayer me habia fatigado.» Clery encendió luz, ayudó á vestirse á su amo, preparó el altar en medio del aposen-

to, y el sacerdote celebró la misa. El rey de rodillas, con un devocionario en la mano, parecia unir su alma á todo el sentido, á todas las palabras de aquella ceremonia, en que el sacerdote hace la conmemoracion de la última comida, de la agonía, de la muerte, de la resurreccion, y de la transustanciacion de Cristo, ofreciéndose como victima á su padre y dándose como alimento á sus hermanos. Recibió el cuerpo del Señor bajo los accidentes de pan consagrado, y se juzgó fortalecido contra la muerte creyendo poseer en su corazon la divina prenda de otra vida. Despues de la misa, mientras se despojaba de sus vestiduras el sacerdote, el rey pasó solo á su torreilla, donde entró Clery para pedirle de rodillas su bendicion. Luis XVI se la dió, encargándole se la diese en su nombre á todos aquellos que le habian sido adictos, y en particular á aquellos carceleros, que como Turgy se habian compadecido de su cautiverio y dulcificado sus rigores; despues llevándole al hueco de una ventana, le entregó furtivamente un sello que separó de su reloj, un paquetito que sacó de su pecho, y un anillo de desposorio que se quitó del dedo. «Entregareis despues de mi muerte, le dijo, este sello á mi hijo y este anillo á la reina. Decidla que le dejo con sentimiento, y para que no sea profanado con mi cuerpo!... Este paquete contiene cabellos de toda mi familia; se lo entregareis tambien. Decid á la reina, á mis queridos hijos y hermana, que les habia prometido verlos hoy, pero que he querido evitarles el dolor de una separacion tan cruel renovada dos veces. ¡Cuánto me cuesta marchar sin recibir sus últimos besos!... los sollozos le impidieron hablar. Os encargo, añadió con una ternura que cortaba las palabras en su voz, que les digais adios de mi parte.» Clery se retiró bañado en llanto.

Un momento despues el rey salió de su gabinete, y pidió unas tijeras para que su criado le cortase el pelo, única herencia que pudo dejar á su familia, y hasta esta

gracia se le negó. Clery solicitó de los municipales el favor de acompañar á su amo para desnudarle en el patíbulo, á fin de que la mano de un piadoso sirviente reemplazase en aquel último oficio la injuriosa mano del verdugo. «El verdugo basta para él, respondió uno de los comisarios. El rey se retiró de nuevo.

XX.

Al entrar en la torrecilla, su confesor le halló calentándose junto á la estufa y pensando al parecer con una triste alegría en el próximo término de sus tribulaciones. «¡Dios mío! esclamo el rey, ¡qué dichoso soy de haber conservado mi fé sobre el trono! ¿dónde estaría yo hoy sin esta esperanza? si existe en el cielo un juez incorruptible, que sabrá dispensarme la justicia que los hombres me niegan en la tierra!

Empezaba á amanecer, y la luz del dia penetraba en la torre al través de las barras de hierro. Se oía distintamente el ruido de los tambores que tocaban llamada en todos los cuarteles, á los ciudadanos armados, los pasos de los caballos de la gendarmeria, el estruendo de las ruedas de los cañones y de las cajas de municiones, que se colocaban y variaban de sitio en los patios del Temple. El rey oyó todo aquello con indiferencia, y esplicaba las diferentes clases de ruido á su confesor. «Eso es probablemente la guardia nacional, que principia á reunirse,» dijo cuando oyó el primer toque de llamada. Algunos momentos despues se oyeron las pisadas de muchos caballos en el empedrado al pie de la torre, y las voces de los oficiales que formaban sus tropas en batalla. — Ya se acercan, dijo interrumpiendo y volviendo á seguir la conversacion. Estaba sin impaciencia y sin temor como un hombre que llega primero á una cita donde le

hacen aguardar. Esperó mucho tiempo. Por espacio de dos horas venian con varios pretestos á llamar á la puerta de su gabinete, y cada vez creia el confesor que era la última. El rey se levantaba sin turbacion, iba á abrir, contestaba y volvía á sentarse. A las nueve se oyen en la escalera pasos tumultuosos, y las puertas se abren con estrépito: Santerre se presenta acompañado de doce municipales y á la cabeza de diez gendarmes, que colocó en el cuarto formando dos filas. El rey, al oír aquel bullicio entreabre la puerta de su gabinete. «¿Venís á buscarme? dijo á Santerre con voz firme y conservando una actitud imperiosa; aguardadme un instante allí.» Muestra con el dedo la entrada de su cuarto, cierra la puerta y vuelve á ponerse de rodillas á los pies del confesor. «Todo está consumado, padre mio, le dice; dadme la última bendicion y rogad á Dios que me sostenga hasta el fin.» Se levanta, abre la puerta, marcha con frente serena y la magestad de la muerte en el aspecto y las facciones, y se coloca entre la doble fila de gendarmes. Tenia en la mano un papel doblado, que era su testamento, y dirigiéndose á un municipal que estaba en frente de él le dice: «Os ruego que entregueis este papel á la reina.» Un movimiento de admiracion que notó en aquellos rostros republicanos, le hizo comprender que se habia equivocado en la palabra, y la enmendó diciendo: «mi esposa.» El municipal retrocede y contesta bruscamente: «Eso no me corresponde á mí, pues estoy aqui para conducirlos al cadalso.» Este municipal era Jacobo Roux, sacerdote que habia abandonado su ministerio y toda especie de caridad, al dejar el traje. «Es verdad,» dijo el rey por lo bajo profundamente contristado. Luego mirando los rostros, y volviéndose hácia aquel, cuya espresion mas dulce le indicaba un corazon menos implacable, se acercó á un municipal llamado Gobeau, «Os ruego, le dijo, entregueis este papel á mi esposa, podeis leerle, hay en él disposiciones que la municipalidad debe conocer.» El

municipal, con asentimiento de sus colegas, recibió el testamento.

Temiendo Clery, como el ayuda de cámara de Carlos I, que el frío hiciera parecer que su amo temblaba ante el cadalso, le presentó su capa, y el rey le dijo; no, no la necesito, dadme solo mi sombrero. Al recibirle, cogió la mano de su fiel servidor y la apretó con fuerza en señal de inteligencia y despedida; luego volviéndose hacia Santerre y mirándole cara á cara, con un gesto de resolución y un tono de mando dice: «Marchemos.»

Parecía que Santerre y su tropa le seguían mas bien que le escoltaban. El príncipe bajó con paso firme la escalera de la torre, y hallando en el vestíbulo al portero llamado Mathey, que le había faltado al respeto la víspera, y á quien había reprendido con irritación su insolencia, se adelantó hacia él, y le dijo con un gesto cordial: «Mathey, he sido ayer un poco vivo con vos, perdonadme en un momento como este.» Mathey en vez de responderle, aparentó volver la cabeza y retirarse como si el contacto del moribundo hubiera sido contagioso.

Atravesando á pie el primer patio, el rey se volvió dos veces hacia la torre y levantó la vista en dirección de las ventanas de la reina; en esta mirada iba toda su alma á llevar su mudo adiós, á todo lo que dejaba de sí mismo en la prisión.

Un coche le esperaba á la entrada del segundo patio, y dos gendarmes en la portezuela: uno subió primero y se sentó al vidrio; el rey entró despues, é hizo colocar á su confesor á su izquierda; el segundo gendarme entró el último y cerró. El coche partió.

Precedían los caballos sesenta tambores batiendo marcha; un ejército ambulante, compuesto de guardias nacionales, de federados, de tropas de línea, de caballería, de gendarmes y de artillería, marchaba delante, detrás y á los lados del coche. Todos los habitantes de París estaban encerrados en sus casas, habiendo prohibido

una orden de la municipalidad á los ciudadanos que no hiciesen parte de la milicia armada, atravesar las calles que desembocan en los boulevares ó asomarse á las ventanas, desde donde pudiese verse el acompañamiento; hasta se habían hecho evacuar los mercados. Un cielo oscuro, nebuloso y helado, solo dejaba ver á muy poca distancia los bosques de picas y de bayonetas, colocadas como barreras inmóviles desde la plaza de la Bastilla, hasta el pie del cadalso, en la de la Revolución. De distancia en distancia, aquella doble muralla de acero estaba reforzada por destacamentos de infantería, mandados venir del campamento inmediato á París, con la mochila á la espalda y las armas cargadas como en un día de acción. Los cañones preparados, cargados á metralla y con las mechas encendidas, enfilaban las principales embocaduras de las calles en toda la línea que debía atravesar la fúnebre comitiva. El silencio en la ciudad era tan profundo como el terror; nadie comunicaba sus pensamientos á su vecino; hasta las fisonomías permanecían impasibles bajo las miradas del delator. Notábase algo de maquinal en los rostros, en los gestos y en la vista de aquella multitud. Pudiera decirse que París había abdicado su alma, para temblar y obedecer. Apenas se veía al rey en el fondo del coche, ocultándole las bayonetas y los sables desnudos de la escolta. Llevaba un frae oscuro, unos calzones de seda negra, chaleco y medias blancas; sus cabellos estaban recogidos bajo el sombrero. El ruido de los tambores, de los cañones, de los caballos, y la presencia de los gendarmes, le impedían hablar con su confesor. Dijo solo al abate Edgeworth le prestase el breviario, y buscó con el dedo y la vista, los salmos cuyos gemidos y esperanzas eran adecuados á su situación. Aquellos cánticos sagrados, tartamudeados por sus labios, y que resonaban en su alma, le evitaban el ruido y la vista del pueblo durante aquel tránsito de la prisión á la muerte: el clérigo oraba á su lado. Los gendarmes colocados en

frente, manifestaban en su rostros el sello del asombro y de la admiración que les inspiraba el piadoso recogimiento del rey. Algunos gritos de gracia salieron al partir el coche, de entre la multitud acumulada á la entrada de la calle del Temple; aquellos gritos murieron sin eco, en el tumulto y en la compresión general de los sentimientos públicos; pero no se oyó ninguna injuria ni imprecación: si se hubiese preguntado uno por uno á los doscientos mil ciudadanos autores ó espectadores de aquellos funerales de un vivo: ¿es necesario que este hombre, solo contra todos, muera? puede que ni uno solo hubiese contestado: Sí. Pero las cosas estaban combinadas de tal modo por la desgracia y la severidad de la época, que todos cumplían sin dudar lo que ninguno aisladamente hubiera querido cumplir. Esta multitud, por la presión mútua que ejercía sobre sí misma, se impedía ceder á su enternecimiento y su horror; semejante á la bóveda, cuyas piedras aisladas tiende cada una á flaquear y caer, pero donde todas permanecen suspensas por la resistencia que la presión opone á su caída.

XXI.

En la confluencia de las numerosas calles que salen al boulevard, entre las puertas de San Dionisio y San Martín, sitio donde se ensancha el tránsito y una pendiente rápida hace acortar el paso de los caballos, una repentina ondulación detuvo por un momento la marcha: Siete ú ocho jóvenes, desembocando en masa de la calle Beaugard, rompiendo por medio de la multitud, se precipitaron hácia el coche sable en mano gritando: «A nosotros los que quieren salvar al rey.» Entre ellos estaban el baron de Batz, aventurero de conspiraciones, y su secretario Devaux. Tres mil jóvenes afiliados secreta-

mente y armados para este golpe de mano, debían responder á aquella señal ó intentar despues un levantamiento en París, apoyados por Dumouriez. Ocultos aquellos intrépidos conspiradores, viendo que nadie los seguía, se abrieron paso, favorecidos por la sorpresa y la confusión á través de las filas de la guardia nacional, y se perdieron en las calles vecinas. Un destacamento de gendarmería los persiguió y alcanzó á algunos, que pagaron su tentativa con la vida.

La comitiva, detenida un momento, volvió á emprender su marcha en medio del silencio y de la inmovilidad del pueblo hasta la embocadura de la Calle Real junto á la plaza de la Revolución. Allí un rayo de sol de invierno, penetrando por entre la niebla, dejaba ver la plaza cubierta con cien mil cabezas; los regimientos de la guarnición de París formando el cuadro en torno del cadalso, los ejecutores esperando la víctima, y el instrumento del suplicio mostrando por encima del gentío sus maderas y sus vigas pintadas de color de sangre.

Aquel suplicio era la guillotina. Esta máquina inventada en Italia é importada en Francia por la humanidad de un médico célebre de la Asamblea constituyente llamado Guillotin, habia sido sustituida á los suplicios atroces é infamantes que la revolución quiso abolir. Tenia además, según creían los legisladores de la Asamblea constituyente, la ventaja de no hacer derramar la sangre del hombre por la mano y bajo el golpe, con frecuencia poco seguro de otro hombre, sino hacer ejecutar la muerte por otro instrumento sin alma, insensible como la madera é infalible como el hierro. A la señal del ejecutor el hacha caía por sí sola, y esta hacha cuyo peso estaba multiplicado por pesas reunidas bajo el patíbulo se deslizaba entre dos muescas con un movimiento á la vez horizontal y perpendicular como el de la sierra, y separaba la cabeza del cuerpo por el peso de su caída; con la rapidez del relámpago. Esta máquina era la supresión del dolor

y del tiempo en la sensación de la muerte. Habíase levantado la guillotina aquel día en medio de la plaza de la Revolución, delante de la gran calle de árboles del jardín de las Tullerías, enfrente y como por burla, del palacio de los reyes, casi en el mismo sitio en donde la fuente de surtidores, la mas próxima al Sena parece lavar en el día eternamente el pavimento.

Desde el amanecer, las cercanías del cadalso, el puente de Luis XVI, los terraplenes de las Tullerías, los pretiles del río, los tejados de las casas de la Calle Real, y hasta las ramas sin hojas de los árboles de los Campos Eliseos, estaban cubiertos de un innumerable gentío que esperaba el acontecimiento en la agitación, en el tumulto y en el ruido de una colmena de hombres, como si aquella multitud no hubiese podido creer en el suplicio de un rey, antes de haberlo visto con sus propios ojos. Las intermediaciones del cadalso habían sido invadidas, gracias al favor de la municipalidad y á la conveniencia de los comandantes de las tropas, por los hombres sanguinarios de los Franciscanos, de los Jacobinos y de los días de setiembre, incapaces de duda ni de piedad. Colocándose ellos mismos en torno del cadalso, como los testigos de la república, querían que el suplicio fuese consumado y aplaudido.

Al aproximarse el coche del rey, una solemne inmovilidad sorprendió de repente á aquella multitud y á aquellos mismos hombres. El coche se detuvo á algunos pasos del cadalso. El tránsito había durado dos horas.

XXII.

Advirtiendo el rey que el coche había dejado de andar, levantó la vista que tenía fija en el libro, y como un hombre que interrumpe su lectura por un momento,

se inclinó hácia el oído de su confesor y le dijo en voz baja y con tono de interrogación: «¿Hemos llegado?» El sacerdote solo le respondió con un signo silencioso. Uno de los tres hermanos Samson, verdugos de París, abrió la portezuela y bajaron los gendarmes; pero el rey volviendo á cerrar y colocando su mano derecha sobre la rodilla del confesor con un gesto de protección, dijo con autoridad á los verdugos, á los gendarmes y á los oficiales que se agolpaban junto á las ruedas: «Señores, os recomiendo este sacerdote, cuidad de que despues de mi muerte no se le haga ningun insulto; os encargo veis por él.» Nadie respondió. El rey quiso repetir con mas fuerza esta recomendación á los ejecutores, y uno de ellos le interrumpió diciéndole con un acento siniestro. «Sí, sí, nosotros tendremos cuidado, dejadnos obrar.» Luis bajó: tres criados del verdugo le rodearon y quisieron desmenuarle al pié del cadalso. El rey los rechazó con magstad, se quitó él mismo su frac, su corbata, y bajó la camisa hasta la cintura. Los ejecutores se echaron de nuevo sobre él: «¿qué quereis hacer?» les dijo con indignación.—Ataros, le respondieron, y ya le habían cogido las manos para hacerlo.—«¡Atarme! replicó el rey con un acento en el que toda la gloria de su sangre se levantaba contra la ignominia. No, no, ¡no lo consentiré jamás! cumplid con vuestra obligación, pero no me atareis; renunciad á ello.» Los ejecutores insistían, alzaban la voz, llamaban ayuda, levantaban la mano y preparaban la violencia. Una lucha cuerpo á cuerpo iba á manchar la víctima al pié del cadalso. El rey, respetando la dignidad de su muerte y la tranquilidad de su último pensamiento, miró al sacerdote como para pedirle consejo. «Señor, le dijo el consejero divino, sufrid sin resistencia este nuevo ultraje como el último rasgo de semejanza entre vos y el Dios que va á ser vuestra recompensa.» El rey levantó los ojos al cielo con una expresión en la mirada, que parecia reconvenir y aceptar

á la vez. «Seguramente, dijo, no se necesita nada menos que el ejemplo de un Dios para que me someta á semejante afrenta.» Luego volviéndose y tendiendo él mismo las manos hácia los ejecutores, les dijo: «Haced lo que queráis, apuraré el cáliz hasta las heces.»

Subió, sostenido por el brazo del sacerdote, los pendientes y resbaladizos escalones del cadalso. El peso de su cuerpo parecía indicar un desfallecimiento en su alma; pero cuando llegó al último escalon, se separó de las manos de su confesor, atravesó con paso firme toda la anchura del cadalso, miró al pasar el instrumento y el hacha, y volviéndose de repente á la izquierda enfrente de su palacio, y al lado en que la mayor masa del pueblo podía verle y oírle, hizo á los tambores la señal de silencio, los tambores obedecieron maquinalmente. «Pueblo» dijo Luis XVI con una voz que resonó en el silencio, y que se oyó distintamente en el extremo opuesto de la plaza: «Pueblo, muero inocente de todos los crímenes que me imputan: perdono á los autores de mi muerte, y ruego á Dios que la sangre que vais á derramar, no caiga nunca sobre la Francia...» Iba á continuar, pero un estremecimiento se apoderó de la multitud. El jefe de estado mayor de las tropas del campamento inmediato á Paris, el conde Beaufranchet d' Ayat mandó tocar á los tambores. Un redoble inmenso y prolongado ahogó la voz del rey y el murmullo de la multitud. El condenado volvió solo y á pasos lentos hácia la guillotina, y se entregó á los ejecutores. En el momento en que se le unía á la tabla, echó una mirada al sacerdote que oraba de rodillas al pie del cadalso. Vivió, conservó su alma entera, hasta el momento en que se la entregó á su Creador por mano del verdugo. La tabla se inclinó, bajó el hacha y la cabeza cayó.

Uno de los ejecutores la cogió por los cabellos, la enseñó al pueblo y aspergó con sangre las inmediaciones del patíbulo. Los federados y republicanos fanáticos

subieron al tablado, tuvieron las puntas de sus sables y los hierros de sus picas en la sangre, blandiéndolas en el aire y gritando: «Viva la república.» El horror de aquella accion ahogó el mismo grito en los labios del pueblo, y la aclamacion se pareció mas bien á un inmenso sollozo. Las salvas de artillería anunciaron en los mas lejanos arrabales, que la magestad habia sido sacrificada con el rey. La multitud se fué retirando silenciosa. Se llevaron los restos de Luis XVI al cementerio de la Magdalena en un carro cubierto, y se echó cal en el hoyo para que los huesos consumidos de la victima de la revolucion, no pudiesen llegar á ser un día las reliquias del realismo. Las calles quedaron desiertas; algunas bandas de federados armados, recorieron los arrabales de Paris anunciando la muerte del tirano, y cantando el sanginario tema de la Marsellesa; pero ningún entusiasmo les respondió: la ciudad quedó muda porque el pueblo no confundia un suplicio con una victoria. La consternacion habia vuelto á entrar con la libertad en la residencia de los ciudadanos. Aun no se habia enfriado el cuerpo del rey sobre el cadalso, cuando el pueblo ya dudaba del acto que acababa de llevar á efecto y se preguntaba con una curiosidad próxima al remordimiento, si la sangre que acababa de derramar era una mancha sobre la gloria de la Francia ó el sello de la libertad. La conciencia de los republicanos se turbó delante de aquel suplicio, y la muerte del rey dejaba un problema que resolver á la nacion.

XXIII.

Cincuenta y tres años han trascurrido desde aquel día; este es un problema que agita aun la conciencia del género humano, y hasta divide la historia en dos partidos: crimen ó estoicismo, segun el punto de vista bajo que

se la considera, este acto es un parricidio á los ojos de unos, y á los de otros una justicia que la libertad se hizo heroicamente á sí misma, un acto político que escribió con la sangre de un rey los derechos del pueblo, que debía irreconciliar para siempre el trono y la Francia, y que no dejando á esta comprometida en otra alternativa que sufrir la venganza de los déspotas ó vencerlos, condenaba la nacion á la victoria por la enormidad del ultraje y por la imposibilidad del perdón.

Nosotros que debemos justicia y piedad á la víctima, pero que tambien debemos justicia á los jueces, nos preguntamos al concluir este melancólico relato, ¿qué es lo que se debe acusar, qué es lo que se debe absolver, el rey, sus jueces, la nacion ó el destino? y si se puede ser imparcial cuando se está conmovido, sentamos en estos términos en nuestra alma, la temible cuestion que hace vacilar á la historia, dudar á la justicia y temblar la humanidad.

¿Tenia la nacion derecho á juzgar como tribunal legal y regular á Luis XVI? No; porque para ser juez es necesario ser imparcial y desinteresado y la nacion no era ni lo uno ni lo otro. En este combate terrible pero inevitable que bajo el nombre de revolucion se presentaban el trono y la libertad para la emancipacion ó la servidumbre de los ciudadanos, Luis XVI personificaba el trono y la nacion la libertad; no era su culpa, era la de la naturaleza, y las tentativas de transicion eran vanas, combatiéndose las naturalezas á despecho de las voluntades. Entre estos dos adversarios, el rey y el pueblo, quienes por instinto el uno debía querer conservar, y el otro arrancar los derechos de la nacion, no habia mas tribunal que el combate, ni otro juez que la victoria. No pretendemos con estas palabras decir que no hubiese superior á los dos partidos una moralidad de la causa y de los actos que juzga hasta la misma victoria. Este justicia nunca perece en el eclipse de las leyes y en la ruina de

los imperios, solo que no tiene tribunal donde poder citar legalmente á sus acusados; es la justicia del Estado, la justicia que no tiene ni jueces instituidos ni leyes escritas, pero que pronuncia sus sentencias en conciencia y cuyo código es la equidad.

Luis XVI no podia ser juzgado en politica ni en equidad sino por un proceso de Estado.

¿Tenia la nacion el derecho de juzgarle de este modo? esto equivale á preguntar si tenia el derecho de combatirle y de vencerle; en otros términos, saber si el despotismo es inviolable, si la libertad es un motin, si solo hay justicia en la tierra para los reyes, y sino hay para los pueblos mas derecho que el de servir y obedecer: la duda sola es una impiedad contra los pueblos.

Teniendo en sí la nacion la enagenable soberanía que descansa en la razon, en el derecho y en la voluntad de cada uno de los ciudadanos cuya coleccion constituye el pueblo, tenia ciertamente la facultad de modificar la forma exterior de su soberanía, nivelar su aristocracia, despojar su iglesia, rebajar y hasta suprimir su trono para reinar ella misma por medio de sus propias magistraturas. Luego desde el momento que la nacion tenia el derecho de combatir y de emanciparse, tenia el de vigilar y consolidar los resultados de su victoria. Si pues Luis XVI, rey demasiado recientemente desposeido del poder supremo, rey á quien toda la restitution de poder al pueblo debía parecer destitucion; rey mal satisfecho con la parte del reino que le quedaba, y aspirando á reconquistar la otra, importunado de un lado por una asamblea usurpadora, y de la otra por una reina inquieta, por una nobleza humillada, por un clero que hacia intervenir el cielo en su causa, por una emigracion implacable, por sus hermanos, que recorrían en su nombre toda la Europa para buscar enemigos á la revolucion: si Luis XVI rey parecia á la nacion una conspira-

ción viva contra su liberrad; si la nación sospechaba que sentía demasiado en su alma el poder supremo; que hacía tropezar voluntariamente la nueva constitucion para aprovecharse de su caída; que conducía la libertad á una celada; que se alegraba de la anarquía; que desarmaba la patria, que en secreto la deseaba reveses y mantenía correspondencia con sus enemigos; la nación tenía el derecho de citarle hasta sobre el trono, hacerle bajar de él, llamarle á su barra y deponerle en nombre de su propia dictadura y de su propia salvacion. Si la nación no hubiese tenido este derecho, el de vender impunemente á los pueblos hubiese sido en la Constitucion nueva una de las prerogativas de los reyes.

XXIV.

Acabamos de ver que ninguna ley escrita podía ser aplicada al rey, y que siendo sus jueces sus enemigos, su juicio no podía ser legal, sino una grande medida de Estado, cuyos motivos solo la equidad debía debatir y dictar la sentencia. ¿Qué decía la equidad y qué pena podía pronunciar si el vencedor tiene el derecho de aplicar una pena al vencido?

Luis XVI, degradado de la magestad, desarmado y prisionero, culpable quizá textualmente, ¿era culpable en el espíritu si se considera la violencia moral y física de su deplorable situación? ¿Era un tirano? No: ¿Un opresor del pueblo? No: ¿Un fautor de la aristocracia? No: ¿Un enemigo de la libertad? No. Todo su reinado protestaba, desde su advenimiento al trono, de la tendencia filosófica de su espíritu y de los instintos populares de su corazón, de que deseaba colocar el trono al abrigo del despotismo; de que sobrepondría las leyes al trono, de que pediría consejos á la nación y haría reinar por él y en

él los derechos y los intereses del pueblo. Príncipe revolucionario, él mismo había llamado la revolucion á su socorro; había querido darla mucho, y ella intentó arrancarle mas: de ahí resultó la lucha.

A pesar de esto, no era todo políticamente irreprehensible por parte del rey en esta lucha. La incoherencia y el arrepentimiento de las medidas manifestaban la debilidad, y con frecuencia habían servido de pretexto á las violencias y á los atentados del pueblo. Así es que Luis XVI había convocado los Estados generales, y queriendo demasiado tarde circunscribir el derecho de deliberacion, la insurreccion moral del juramento del *Juego de Pelota*, le había violentado. Quiso intimidar á la Asamblea constituyente reuniendo tropas en Versalles, y el pueblo de París había tomado la Bastilla y sobornado los Guardias franceses. Había pensado en alejar el sitio de la Asamblea nacional de la capital, y el populacho de París había marchado sobre Versalles, forzado su palacio, degollado sus guardias y aprisionado á su familia en las Tullerías. Había intentado fugarse en medio de su ejército, y quizá de un ejército extranjero, y la nación le había vuelto á traer encadenado al trono y le había impuesto la Constitucion de 91. Había entrado en negociaciones con la emigracion y los reyes sus vengadores, y el populacho de París produjo el 20 de junio. Por obedecer á su conciencia había negado la sancion á las leyes dictadas por la voluntad del pueblo, y los girondinos, unidos á los jacobinos, dieron lugar al 10 de agosto. Segun el espíritu con que se miraban aquellas vicisitudes de su reinado desde el principio de la revolucion, había razones para acusarle y para compadecerle. No era ni del todo inocente ni del todo culpable: ¿era desgraciado! Si el pueblo podía echarle en cara debilidades y disimulos, él podía reprochar al pueblo sus violencias crueles. La accion y la reaccion, el golpe y el rechazo, se habían sucedido por una y otra parte con tanta rapi-

dez como en una batalla, y era difícil decir quien habia herido el primero. Las faltas eran reciprocas, las sospechas mútuas, y los peligros iguales. ¿Quién tenia por consiguiente el derecho de condenar al otro y decirle con justicia é imparcialidad: «Tú morirás?» Ninguno de los dos. El rey no podia, caso de vencer, juzgar al pueblo, como tampoco el pueblo podia legalmente juzgar al rey: no habia allí quien pudiese ser castigado; habia un vencido y nada mas. El proceso legal era una hipocresía de justicia, solo el hacha era lógica, y Robespierre lo habia dicho; pero el hacha despues de un combate, é hiriendo á un hombre desarmado en nombre de sus enemigos, ¿qué es en todas lenguas? Un asesinato á sangre fria, sin excusa desde el momento en que es sin necesidad; en una palabra, una inmolation.

XXV.

Deponer á Luis XVI, desterrarle del suelo nacional, ó retenerle en la imposibilidad de conspirar y de hacer daño, era lo que exigian á los convencionales la salvacion de la república y la seguridad de la revolucion. Inmolar á un hombre cautivo y desarmado, no era mas que una concesion á la cólera ó al miedo. Venganza por un lado, cobardia por otro, crueldad de todos modos. Inmolar á un vencido cinco meses despues de la victoria, aunque este vencido fuese culpable y peligroso, era un acto sin piedad, y la piedad no es una palabra sin sentido entre los hombres: es un instinto que advierte la fuerza para que contenga su mano á proporcion de la debilidad y la desgracia de las víctimas. Es una justicia generosa del corazon humano, mas previsora en el fondo y mas infalible que la justicia inflexible del espíritu: no hay pueblo que no haya hecho de ella una virtud. Si

la falta de toda piedad es un crimen en el despotismo, ¿por qué habia de ser una virtud en las repúblicas? ¿El vicio y la virtud cambian de nombre cambiando de partido? ¿Están dispensados los pueblos de ser magnánimos? Solo sus enemigos osarian pretenderlo porque querrian deshonorarlos. ¡Su misma fuerza les impone mas generosidad que á sus tiranos!

XXVI.

Por último, el asesinato del rey como medida de salvacion pública ¿era necesaria? Preguntariamos primero si este asesinato era justo, porque nada que es injusto en su esencia, puede ser necesario á la causa de las naciones. Lo que constituye el derecho, la belleza y santidad de la causa de los pueblos, es la perfecta moralidad de sus actos. Si abdican la justicia, ya no tienen bandera y son solo libertos del despotismo, imitando todos los vicios de sus dueños. La vida ó la muerte de Luis XVI, destronado ó prisionero, no pesaba tanto como una bayoneta de mas ó de menos en la balanza de los destinos de la república. Su sangre era una declaracion de guerra mas segura que su deposicion. Su muerte era positivamente un pretexto de hostilidades mas especioso que su cautiverio en los consejos diplomáticos de las córtés enemigas de la revolucion. Principe gastado y despopularizado por cuatro años de lucha desigual con la nacion; entregado veinte veces al antojo del pueblo, sin crédito entre los soldados; dotado de un carácter, cuya timidez é indecision tantas veces habian sondeado; habiendo bajado de humillacion en humillacion y paso á paso de lo alto de su trono á una prision; Luis XVI era el único principe de su estirpe á quien no le hubiese sido posible pensar en reinar. En el exterior estaba desacreditado por sus concesio-

nes, y en el interior hubiese sido la prenda paciente é inofensiva de la república, el ornamento de su triunfo, y la prueba viva de su magnanimidad. Su muerte, al contrario, enagenaba de la causa francesa aquella parte inmensa de las poblaciones que solo juzga los acontecimientos humanos por el corazón. La naturaleza humana es patética; la república lo olvidó, dió al trono algo de martirio, y á la libertad algo de venganza. Preparó así una reaccion contra la causa republicana, y puso del lado del trono la sensibilidad, el interés y las lágrimas de una parte de los pueblos. ¿Quién puede negar que el enternecimiento por la suerte de Luis XVI y de su familia haya contribuido mucho para la animadversion del trono algunos años después? Las causas perdidas tienen mudanzas, cuyos motivos basta muchas veces buscar en la sangre de las víctimas odiosamente inmoladas por la causa opuesta. El sentimiento público una vez conmovido por una iniquidad, no descansa hasta que, por decirlo así, se cree absuelto por alguna reparación brillante é inesperada. Hubo sangre de Luis XVI, en todos los tratados que las potencias de Europa pasaron entre sí para ácrimiar y acabar con la república; hubo sangre de Luis XVI, en el óleo que consagró á Napoleon, tan poco tiempo después de los juramentos á la libertad; hubo sangre de Luis XVI en el entusiasmo monárquico que hizo servir en Francia la vuelta de los Borbones en la restauracion; la hubo hasta en 1830, en la repulsa á nombre de la república, que arrojó á la nacion indecisa en los brazos de otra dinastía. ¡Los republicanos son los que mas deben llorar aquella sangre, porque ha caído sin cesar sobre su causa, y porque les ha costado la república!

XXVII.

En cuanto á los jueces, Dios solo lee en la conciencia de los individuos. La historia lee solo en la conciencia de

los partidos; solo la intencion hace el crimen ó esplica semejantes actos. Unos votaron por una poderosa conviccion de la necesidad de suprimir el signo vivo de la magestad, aboliendo la magestad misma; otros un reto atrevido á los reyes de Europa, que no los creerian, segun ellos, bastante republicanos en tanto que no hubiesen ajusticiado un rey; estos para dar á los pueblos sujetos una señal y un ejemplo, que les comunicasen la audacia para sacudir la supersticion de los reyes; aquellos por una firme persuasion de las traiciones de Luis XVI, que la prensa y las tribunas de los clubs les pintaban, desde el principio de la revolucion, como un conspirador; algunos por impaciencia de los peligros de la patria; otros, como los girondinos, con sentimiento y por rivalidad de ambicion de dar la prenda mas irrecusable á la república; otros por aquella debilidad que arrastra tras si á los tímidos en la corriente de las asambleas públicas; otros por aquella cobardía que sorprende de repente el corazón, y hace abandonar la vida agena; como se abandona la propia; el mayor número, en fin, votó la muerte con reflexion por un fanatismo estoico, que no se hacía ilusion ni sobre la insuficiencia de los crímenes, ni sobre la irregularidad de las formas, ni sobre la crueldad de la pena, ni siquiera sobre la cuenta que la posteridad pediría á su memoria; pero que creyeron la libertad bastante santa para justificar por su fundacion lo que faltaba á la justicia de su voto, y bastante implacable para inmolarla su misma piedad.

XXVIII.

Todos se engañaron. La historia, sin embargo, aun acusándolos, no puede desconocer en medio de todas las consecuencias políticas, contrarias á la equidad, crueles

para el sentimiento y fatales á la libertad, del suplicio de Luis XVI, que no hubiese un poder en aquel cadalso. Fué el poder de los partidos desesperados y de las resoluciones sin remedio. Este suplicio ofrecia la Francia á la venganza de los tronos, y de este modo daba cruelmente á la república la fuerza convulsiva de las naciones; la fuerza de la desesperacion. La Europa lo oyó y la Francia respondió. Las transacciones, la indecision y las negociaciones cesaron, y la muerte teniendo el hacha regicida en una mano y la bandera tricolor en la otra, fué escogida sola para negociador y para juez entre la monarquia y la república, entre la esclavitud y la libertad, entre el pasado y el porvenir de las naciones.



LIBRO TREINTA Y SEIS.

Impresion que produjo la muerte de Luis XVI.—Lepelletier Saint-Fargeau.—Gabinetes de Europa.—Custine.—La Inglaterra.—Pitt.—Fox.—Mr. de Talleyrand.—Coalicion en lo esterior.—Reclutamiento.—El ejército.—Pache, ministro de la Guerra.—Dumouriez en Bélgica.—Señoritas Feraig.—Jemmappes.—El duque de Chartres.—Dumouriez vencedor.

I.

Las grandes catástrofes humanas tienen consecuencias en la imaginacion pública, que sienten con mas fuerza algunos hombres dotados, por decirlo así, de la facultad de reasumir en sí la impresion de todos y de llevar hasta el delirio y algunas veces hasta el crimen, la exaltacion que les inspiran estas catástrofes. La muerte de Luis XVI, el asombro, la profanacion y el dolor produjeron esta conmocion de las almas en todo el imperio. Cuantos no participaban del estoicismo de los jueces, fueron sobrecogidos por el terror y la consternacion. Les parecia que tan gran sacrilegio llamaba sobre la nacion que le habia cometido ó tolerado, una de aquellas venganzas con que el cielo pide por la sangre de un justo,